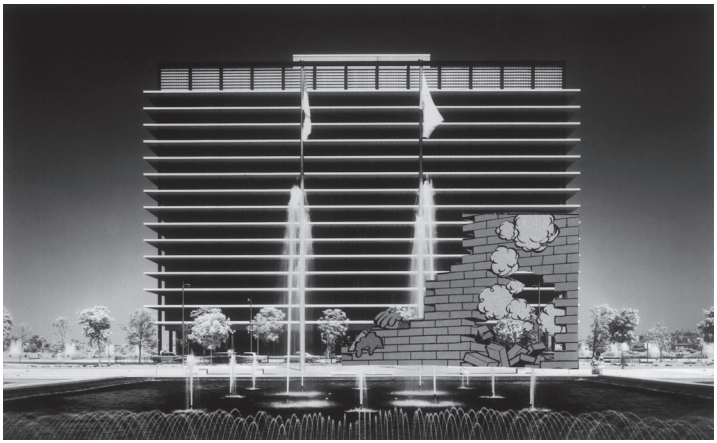
ANUARIO

DE LA SOCIEDAD PROTECTORA DE LA BALESQUIDA



Pablo de Lillo Sauras (Avilés, 1969),
Humor supermodernista redescubierto (número 3), 2017

Número 4 Oviedo 2019

ANUARIO

DE LA SOCIEDAD PROTECTORA DE LA BALESQUIDA

NÚMERO 4 AÑO LXXXIX OVIEDO • 2019

La revista no asume ni se responsabiliza de las opiniones manifestadas por sus colaboradores.

COORDINACIÓN EDITORIAL

Javier González Santos y Alberto Carlos Polledo Arias

EDITA:

SOCIEDAD PROTECTORA DE LA BALESQUIDA

Plaza de la Constitución. Oficina de Turismo, 2.ª planta

33009 Oviedo. Teléfono 984 281 135

labalesquida@telecable.es | www.martesdecampo.com

HORARIO DE OFICINA

Lunes a viernes, de 10,00 a 13,00 horas

ILUSTRACIONES DE LA CUBIERTA Y LA PORTADA

Pablo de Lillo Sauras (Avilés, 1969), número 3 de la serie *Humor supermodernista redescubierto* (libro de artista), 2017; impresión digital a partir del collage original (cubierta y portada), y Pablo Ramón Iturbe (Oviedo, 1963), *Ventana con hermosas vistas*, 2019; óleo sobre lienzo, 73 × 54 cm (contracubierta y colofón)

COMPOSICIÓN Y MAQUETACIÓN

Krk Ediciones. C/ Álvarez Lorenzana, 27, 33007 Oviedo

www.krkediciones.com

IMPRESIÓN

Grafinsa. Oviedo

ISSN 2445-2300 • D. L. AS-970-2016

Índice

Salutación

José Antonio Alonso Menéndez 5

Pregón de las fiestas de 2018

Casi toda una vida

Pablo Junceda Moreno 9

Estudio generales

Reminiscencias históricas en la división provincial española

María del Carmen López Villaverde 29

Estudios sobre Asturias

El territorio de Primorias y los inicios del Reino de Asturias

Javier Rodríguez Muñoz. 63

La iglesia de San Pedro de Nora: caracterización del monumento en función del análisis contextual y compositivo-metrológico

Francisco José Borge Cordovilla 85

Juan de Celis (1605/1606-1662), arquitecto asturiano de la primera mitad del siglo XVII: obras religiosas, públicas y diversas

Celso García de Tuñón Aza 111

Estudios ovetenses

Truébano, de aldea milenaria a efímera ciudad sanitaria

José Enrique Menéndez Menéndez 139

Dimes y diretes sobre el bulevar de Santullano

Manuel Gutiérrez Claverol 173

La revista Oviedo, *publicada entre 1948 y 1953*
Javier González Santos 207
—Índice cronológico de la revista *Oviedo. Edición para las fiestas de San Mateo* (1948-1953) 225
—Índice de autores, ilustradores, artistas, fotógrafos, asuntos y dedicatarios . . . 247

Relatos y poemas

Doña Velasquita, que en paz descanse
José Manuel Vilabella 263
La ausencia (poemario)
Francisco José Manzanares Argüelles. 271

Opinión

Encuentros con los asturianos de Venezuela. Ocurrió en dos ocasiones, hace treinta años
Juan de Lillo 279
Nostalgia del quiosco
Luis María Alonso 299

Semblanza y un inédito

La cultura musical en Oviedo: a propósito de una conferencia inédita de Luis Ruiz de la Peña sobre la zarzuela
Álvaro Ruiz de la Peña Solar 303
La zarzuela (conferencia)
Luis Ruiz de la Peña (†) 319

Nuestra galería

Dos visiones muy distintas sobre el arte
Luis Feás Costilla 345

Pregón de las fiestas de 2018

Casi toda una vida

PABLO JUNCEDA MORENO
Director General del Banco Sabadell-Herrero

Muy buenas tardes a todos.

Pienso que las tablas de un teatro siempre son un lugar idóneo para representar un papel ante un público que, «aunque sea sabedor de que la verdadera realidad se queda tras sus puertas», quiere, aún así, ver en la representación un cierto ejercicio de autenticidad.

Hoy me subo al escenario de este tan ovetense Teatro Filarmónica para tratar de mostrarme como lo que soy o al menos intento ser: un ovetense auténtico que vive y siente su ciudad con la misma intensidad como con la que me imagino vio su luz por primera vez en el antiguo Sanatorio Miñor un mes de julio de hace ya cincuenta años.

El pudor que me puede causar contar aquí mis vivencias ovetenses y la influencia que ha tenido en mí la fiesta a la que hoy rendimos homenaje, queda minimizado por el enorme agradecimiento que quiero expresar a la Sociedad Protectora de La Balesquida y, de forma especial, a su presidente, José Antonio Alonso, y a Guillermo González-Pola, o mejor —como le conocemos todos los ovetenses— *Willy* Pola.

Les pido, pues, que escuchen con benevolencia a quien hoy les va a hablar de sentimientos, de una visión de las cosas que está cargada de la subjetividad que impregna mi memoria y, sobre todo, de un enorme cariño hacia este querido Martes de Campo, que tuvo que ver con muchos principios en mi vida y también con algunos finales.

Cuando me propusieron preparar y leer el pregón de esta fiesta, lo primero que hice fue una suerte de *revisión personal* de la película vital de mi

relación con el Martes de Campo. La primera conclusión, a vuela pluma, que vino a mi memoria es se trataba de un día —cuando menos especial— que «rompía en festivo» a principios de semana, lo que ya era suficiente para que cualquier chaval como yo lo contemplara con simpatía.

Pero, además, yo podría definirlo como una jornada de *casis*.

¿Por qué de *casis*?

Porque en el día del Martes de Campo *casi* se atisbaba el fin de curso y, por lo tanto, *casi* era el principio del verano. *Casi* suponía la primera salida de la pandilla colegial sin los límites de otros festivos y se puede decir también que *casi* fue para los de mi generación el primer botellón que hicimos los jóvenes en aquella época. Y también, como si de un permiso *robado* se tratase, nuestros padres *casi* nos dejaban beber por primera vez un poco de sidra… o lo que se terciase.

En la adolescencia, cada día es *casi* una primera vez en muchas cosas, y el Martes de Campo suponía cierta confirmación de que *casi* éramos un poco adultos para decidir según qué cosas. Como, por ejemplo, que el Campo San Francisco era un territorio demasiado pequeño para chicos con ansias de explorar dónde se encontraban los límites de la ciudad.

Y algunos de esos límites eran el Naranco o la cuesta de El Cristo de las Cadenas y todo lo que suponían. Porque Oviedo también tuvo su Mediterráneo en la carretera del Cristo, donde se encontraba el legendario merendero Benidorm, que ustedes recordarán. Allí íbamos muchos adolescentes con ínfulas de maduros a tomar sidras el Martes de la fiesta después de haber visitado el Campo de San Francisco y hecho acopio de comida.

Dicen las crónicas que la primera televisión de la ciudad de Oviedo se instaló en ese merendero tristemente desaparecido, aunque dicha primacía se la disputa con Casa Javier. ¡Quién sabe! En cualquier caso, fue un referente para aquellos que veíamos el Martes de Campo como un oasis en medio de la semana que nos permitía, por primera vez, lo que los chavales de ahora llama *descontrolar un poco*. Al día siguiente, ya en el colegio de nuevo, era tiempo de contar lo vivido con las exageraciones propias de la edad: la mucha sidra que habíamos bebido o la mirada que había depositado en nosotros aquella chavala…

La fiesta del Martes de Campo para un joven aún en el colegio o comenzando la carrera era un verdadero canto a la vida

En plena primavera —tengo la sensación de que siempre hacía buen tiempo—, a punto de concluir las clases, con el verano en el horizonte, aquel día era una avanzadilla de lo que nos esperaba: tres meses para vivir de forma diferente un verano de estudiante que, por una especie de arte de magia, comenzaba de alguna forma este martes que cada año caía —y cae— en fecha distinta. Otra peculiaridad de este día tan especial.

Muchos años después —en el cercano 2016—, el Martes de Campo ya no supuso el principio de nada, sino un final. Aquel día acudí al Campo a por el bollo y el vino con mi padre, él ya en silla de ruedas e intuyendo que podía ser su última vez. Disfruté con él y con los recuerdos en una mezcla de felicidad y nostalgia en el aguaducho, y fui consciente de que también *casi* se acercaba una nueva época marcada por su ausencia que llegaría sólo dos meses después.

Por todo lo anterior, mi Martes de Campo, día de celebración de la Patrona, la Balesquida, es decir, de Nuestra Señora de la Esperanza, refleja mucho de lo que me ha conformado como persona y como ovetense. Y me atrevo a decir que, de alguna manera, lo ha hecho también con todos los habitantes de esta ciudad.

Llegado a este punto, me gustaría realizar una breve reflexión sobre nuestra ciudad, una ciudad cuya fiesta mayor se ha desarrollado en torno a una comida colectiva al aire libre en la que todos de forma — no sé si llamarla *igualitaria*— se sienten familia y *compatriotas* de una Vetusta que es cruce, camino y posada de muchas generaciones.

¿Cómo es Oviedo? ¿Cómo lo sentimos los ovetenses?

¿Somos el reflejo de una ciudad alegre que en el Martes de Campo se abre al bullicio, olvida los prejuicios y comparte en fraternal comunidad el vino –aunque sea de medio pelo– y el bollo relleno de chorizo? ¿O somos la ciudad medio aletargada y burguesa en el peor sentido del término sobre la que muchos han insistido?

El recordado Emilio Alarcos —ovetense de adopción— contaba que la principal característica de los *carbayones* era el «sociocentrismo», es decir:

una cuidada dedicación a mirarse el ombligo, lo que, a su juicio, no les eximía de cierta amplitud de horizontes.

Este «sociocentrismo», practicado antaño con devoción en los cafés de la ciudad, generaba una constante fiscalización de todas las personas que se ponían a tiro. Todo ello analizado con una carga notable de ironía o lo que llamamos con frecuencia *coña ovetense*, y que tiene como principal consecuencia lo que a priori parece una flagrante contradicción: Oviedo es la mejor ciudad del mundo, pero al mismo tiempo lugar que genera una permanente insatisfacción.

Nuestro Clarín describe un día de otoño ovetense en su primera página de *La Regenta* de forma inequívoca: «La heroica ciudad dormía la siesta», comienza para, acto seguido, decir que «Vetusta, la muy noble y leal ciudad, corte en lejano siglo, hacía la digestión del cocido y de la olla podrida, y descansaba oyendo entre sueños el monótono y familiar zumbido de la campana del coro».

Ha quedado para los anales de la historia de nuestra Ciudad la definición de la clariniana Vetusta como ejemplo de ciudad «cocida en su propia salsa» de personajes predispuestos a la censura permanente.

Quizá por eso, Ramón Pérez de Ayala recoge el testigo de su admirado Leopoldo Alas y en su obra *La Pata de la raposa* añade una cucharada más al caldo: «Pilares, la decrépita ciudad, centenario asilo de monotonía y silencio, yacía al sol poniente más callada y absorta que nunca».

Muy poco después de la Guerra, un escritor foráneo que venía a hacer la milicia universitaria y que vivió en nuestra ciudad un par de años, Francisco García Pavón generó una verdadera tormenta social en la ciudad con la publicación de su obra *Cerca de Oviedo*, no tanto por la descripción que hacía de la misma, como por el hecho de que muchos vecinos se sintieron identificados en el libro. La cosa no era para tanto, pero García Pavón relataba así: «Oviedo es una capital antigua (…) lucha a bandazos con la vida, manteniendo a toda costa el óculo de cristal, el bisoñé y la dentadura postiza. Su época gloriosa y caudillera está tan lejana que Oviedo ya no puede vivir espiritualmente de las emanaciones de su historia».

Leyendo a estos tres escritores uno puede caer en la tentación de pensar que narran el mismo ambiente provinciano y cansino en el devenir de los setenta años que separan a la primera de la última obra citadas y que, por lo

tanto, Oviedo es una ciudad triste y adormecida que no merece la pena… Sin embargo, estoy convencido de que se trata de unas visiones, primero subjetivas —y por ello sujetas a múltiples correcciones— y, en segundo lugar, que reflejan una parte del todo y no el conjunto.

Y pondré sólo un ejemplo de esta afirmación: mientras la publicación de *La Regenta* en sus dos tomos de 1884 y 1885 provocó el escándalo entre los más pudibundos, reflejando novelescamente el ambiente opresor de la época, en la Universidad de Oviedo se desarrollaba fecundo el denominado Grupo de Oviedo, compuesto por intelectuales regeneracionistas de primer orden como Adolfo González Posada, Fermín Canella, Félix Aramburu, Adolfo Buylla, Rafael Altamira o Aniceto Sela que fueron la avanzada reformista de su tiempo.

No quiero decir con ello, que lo que Clarín, Pérez de Ayala y García Pavón contaron fuese una falsedad. Sería presuntuoso, por mi parte, enmendarles la plana. Lo que sí me gustaría es recordar que en Oviedo había otra parte de la verdad más lucida, más atractiva y tan real como la otra.

Además, si acudimos al volumen de Ignacio Gracia Noriega, *Oviedo en los libros* (editado por el Ayuntamiento de Oviedo), podemos leer con cierta satisfacción lo que opinaban de Oviedo otros ilustres escritores.

Josep Pla, por ejemplo, nada dado a contemporizar, señala en su visita que «Oviedo es una ciudad provinciana magnífica. En el barrio viejo hay piedras viejas y de color de chocolate».

El mismo Clarín, que en *La Regenta* llama a Oviedo Vetusta, señala al tiempo que «La universidad de Vetusta es célebre y con una gran categoría liberal».

Seguimos a Gracia Noriega para saber también que Manuel Azaña anota en su diario en julio de 1918 lo siguiente: «Oviedo me produce la misma sensación apacible, sedante, que la otra vez. Es cómodo, fresco, tranquilo. Un pueblo con las ventajas de una ciudad rica y antigua».

Y permítanme concluir este breve repaso bibliográfico a nuestra querida ciudad concluyendo con la opinión de Pío Baroja, como ustedes saben, casi nunca contento con nada: «Oviedo, hermosa ciudad, con un parque frondoso, una gran catedral y esas dos iglesias primitivas en los alrededores, Santa María del Naranco y San Miguel de Lillo, es una ciudad atractiva».

Visto lo anterior, podríamos concluir que aquellos que visitan la ciudad como turistas siempre han encontrado un entorno urbano bonito, cómodo, limpio, paseable y visitable. Y, por otro lado, aquellos que vivimos aquí, manifestamos y presumimos de nuestro amor por Oviedo de una forma muy peculiar y —añadiría— muy típica de aquí: exacerbando la crítica. Como si de verdad los ovetenses sintiéramos aquello de que «te maté porque eras mía».

Pero ¿con qué Oviedo nos quedamos?

Yo diría que con todos, con cada uno de esos ángulos que reflejan el mundo caleidoscópico de una Vetusta en la que durante trescientos sesenta y cuatro días al año las praderas del Campo San Francisco son cotos reservados al cuidado y mimo de los jardineros y un solo día, el Martes de Campo, los ovetenses esparcen sus manteles en el verde, tiran la sidra y dejan al solaz de las palomas las migas de los bollos y *bollinos preñaos* y de las empanadas.

Cuando yo era un niño, en esta jornada, sólo en esta jornada, los *vallaurones* se retiraban discretos en derrota a su cuartel del Palomar y reservaban su talonario de multas para el día siguiente y para el resto de días; al tiempo que los pavos reales huían con su altiva dignidad, calle de Toreno arriba, para escapar de la invasión de los humanos en sus dominios.

También me quedo con el Martes de Campo de los años veinte en el que los señoritos, es decir, los *virusos*, compartían la tortilla y el vino con los hijos de los obreros, aún convalecientes todos ellos de las pedradas que se habían lanzado poco tiempo antes.

Es cierto que siempre ha existido un Oviedo de cuello duro y mirada algo torva, un Oviedo de «tontos de salón» nacidos para «cortar el cupón» de las acciones heredadas de sus mayores e incapaces de emprender ninguna buena por sus propios méritos; pero (por encima de los rigores de ese convencionalismo) creo que ha triunfado el Oviedo que es capaz de celebrar sus grandes fiestas (San Mateo, la Ascensión o La Balesquida) en jornadas de multitudinaria confraternización donde, permítanme citar al *Quijote* «nadie es más que nadie, si no hace más que nadie».

Cuenta mi querido Evaristo Arce en su imprescindible *Oviedo y los ovetenses*, que éstos demuestran por su prójimo comprensión y generosidad de espíritu, pero no toleran el ridículo. En Oviedo, «a los babayos, mazcayos

y bombines se les fulmina», aclara. Y nos recuerda que el simbolismo que siempre ha representado ese espíritu «horizontalista» de nuestra ciudad ha sido el *cañu* del Fontán.

Esta fuente tan representativa de Oviedo y lo ovetense se hizo desecando los aledaños y quedó en una hondonada, por lo que para beber había que bajar mucho la cabeza. De ahí que se acuñase la frase de «ya irá a beber al Fontán», cuyo sentido lo explicaba bien el poeta Luis Tapia en su bonito y expresivo verso:

Caño de tan bajo trazo,
hacía al más alto ser
doblar el recto espinazo
al inclinarse a beber…
Y tan humilde ejercicio
iba quitando, en verdad,
a muchas gentes el vicio
de su altiva vanidad.

Para mí, el Martes de Campo es la máxima expresión de la igualdad de los ovetenses en un día en que el Teatro Campoamor (vigilante desde una esquina) se desprende de la etiqueta habitual de premios y óperas; en el que El Escorialín abandona sus reminiscencias monásticas; donde los representantes más rancios del «Oviedín del alma» se repliegan asustados Uría arriba y donde, en mi época infantil y juvenil, el puesto de La Chucha se convertía en el rompeolas en el que convergían las monedas que padres, abuelos, tíos y padrinos nos habían dado para que ejerciéramos la «libre irresponsabilidad» de acabar con las existencias. ¡Qué pena ver La Chucha así!, pero qué ovetense es verla y mirar para otro lado pensando… «peor estarán los cuernos de los caracoles de la fuente…».

Aunque no podemos ni debemos sustraernos a las consideraciones religiosas que dan sentido a la festividad de La Balesquida, a las que luego volveré, esta fiesta es también un solemne homenaje a la mejor gastronomía. Lo que surgió en su momento (en torno al siglo XVI) como una comida de los cofrades que consistía en un torrezno, bollo y vino, acabó siendo con el tiempo una suerte de gran escaparate en que las familias degustan lo

más preciado de sus habilidades culinarias; todo ello muy ovetense y muy asturiano. El bollo con chorizo (del que, por cierto, yo solo como el bollo), por supuesto, la empanada, la tortilla de patatas, los filetes empanados, los huevos duros y algo de queso adornan manteles y mesas plegables. Todos comparten, y no hay mayor orgullo que ofrecer al vecino algo de lo nuestro, y abundante, a poder ser.

Oviedo no es una excepción en la Asturias gastronómica y mucho menos el Martes de Campo, porque —como ustedes bien saben— en esta ciudad siempre hemos tenido cierta propensión a buscar cualquier excusa para darnos lo que se dice *un homenaje*.

Y precisamente por ello, fuimos capaces de transformar un hecho de guerra en una fiesta con El Desarme; de igual forma, la buena acción de doña Velasquita Giráldez en 1232 donando la capilla de Nuestra Señora de la Esperanza al gremio de los alfayates ha llegado a nuestros días con una generosa exposición gastronómica en el Campo de San Francisco y, de un tiempo a esta parte, en el parque de Purificación Tomás y en el parque de Invierno. La Ascensión es puro tambor y gaita, y todos sabemos que detrás de tan dignos instrumentos musicales siempre va la sidra y lo que hay que tomar para asentar la sidra.

Les decía que los que siempre ven el vaso medio vacío, dicen que Oviedo es una ciudad «recocida», ensimismada, que vive hacia dentro. Los que preferimos ver el vaso medio lleno, pensamos todo lo contrario y los hechos parecen darnos la razón.

Hablaba antes del Desarme, cuyo origen tiene diversas interpretaciones, aunque Adolfo Casaprima haya escrito con gran profusión de datos que aquel se encuentra en 1836, en la primera Guerra Carlista, cuando se decide dar de rancho a las tropas realistas y a los presos garbanzos, tocino, carne y patatas. En cualquier caso, Casaprima asegura que se trata de una celebración de «paz, del final de las armas, de los ovetenses unidos, ya que se dio la misma comida a presos y vencedores».

También el Martes de Campo es una fiesta de paz, la misma que les deseo a todos los ovetenses y a quienes tratan de custodiar e impulsar la maravillosa memoria del gesto de Doña Velasquita y de la Virgen de la Balesquida.

Esos mismos ovetenses adormecidos de los que habla *La Regenta*, algún tiempo antes se habían levantado contra el invasor francés; porque es justo

recordar que Oviedo y más concretamente la sala capitular de la Catedral, fueron el escenario físico del levantamiento de la práctica totalidad de los asturianos contra el invasor francés, pudiendo afirmar que fueron Oviedo y los ovetenses los que provocaron aquella severa reflexión de Napoleón al declarar que «esa maldita guerra de España fue la causa primera de todas las desgracias de Francia». No está mal para un pueblo provinciano y acomodaticio como el ovetense…

Tampoco podemos olvidar que muy cerca de aquí, la plaza de la Escandalera debe su nombre a la enorme tremolina que se armó con el trazado del ferrocarril por el puerto de Pajares a finales del siglo XIX. De hecho, las quejas de entonces en la plaza que desde entonces se conoce con este nombre de «la escandalera» consiguieron el propósito de cambiar el proyecto del ferrocarril para hacerlo más acorde con las necesidades de los asturianos, y menos con los intereses particulares de sus constructores. Como ven, en esto del ferrocarril parece que la historia ha cambiado poco en Asturias en estos siglos…

Otro signo inequívoco de los ovetenses y de su viveza es ese peculiar sentido del humor que más que apelar a la risa lo hace con la burla contenida, aquella que permite poner a cada uno en su sitio, para que no haga el ridículo, pero dejando margen para no romper relaciones.Y en ese contexto de la *coña ovetense*, que antes les citaba, se encuentra lo que Evaristo Arce denomina como «registro civil paralelo», es decir, el de los apodos.

Si nos detenemos un momento a analizar esta costumbre podemos afirmar que los motes nos hacen a todos un poco iguales, suprimiendo los apellidos que clasificaban a las personas por clase social o económica, por los apodos que las clasifican por fisonomía o actividad, sin duda, algo mucho más democrático, que dirían nuestros concejales.

Los clarisos, *Los puritanos*, *La Vuelta a Oviedo*, *La Chata de Pumarín*, *La Pixarra*, *Manolín Cosina*, *El Carpetu*, *El Porretu* o, ya que estamos, *El Balesquidu* (popular personaje que portaba las monedas oro que se rifaban en la víspera de la Balesquida) son buenos ejemplos de la aún vigente *coña ovetense.*

Este afán *coñón* se ha trasladado también a la arquitectura de la ciudad, como si quisiéramos rebajar la importancia de las cosas, para evitar, de nuevo, el ridículo. *El Termómetro*, *El Escorialín*, la *Casa del coño*, la *Esquelona* o el *Pozu Moqueta* son todos ellos edificios singulares, protegidos o no, inscritos

en los libros de arquitectura o en la memoria vital de los ovetenses porque causan asombro o admiración. Aún recuerdo la estrofa que nos repetía mi madre al salir cada domingo de la misa de El Corazón de María cuando pasábamos por Llamaquique y veíamos la última promoción inmobiliaria edificada allí: «Encalón… qué locura de combinación», nos repetía… Seguro que les viene a la cabeza el edificio de viviendas alicatado en vivos colores blanco, azul y naranja del que mi madre nos hablaba.

Si tuviésemos que buscar el origen de esta asombrosa capacidad que tienen los ovetenses para situar en su justa medida a sus convecinos es muy posible que surgiese ya no sólo de un especial sentido del humor, sino de la inveterada costumbre de acogerse al «sagrado de los cafés ovetenses» para repasar la vida cotidiana de la ciudad.

Los cafés de Oviedo y sus tertulias, sin duda otro buen ejercicio de democrática actitud, en la que se mezclaban profesiones y condiciones sociales varias. Hubo en el legendario Peñalba una tertulia que comenzaba a media mañana y que iba rotando sin solución de continuidad de jueces a médicos, de éstos a abogados, luego periodistas, siempre rentistas y al final del día todos juntos debatiendo de la crisis de los misiles, del gobernador civil recién llegado, sobre la portada de *La Nueva España* o apostando (y esto es verídico) sobre cómo era el barrito del elefante, con aportaciones personales de cada uno. Luego (cuentan las crónicas) que acabaría la tertulia de madrugada yendo a preguntar a un circo instalado ese día en la ciudad.

El Suizo, *El Español*, el *Universal*, el *Oliver* de Willy Pola, el *Café de Alfonso*, el *Niza*, el *Astoria*, el *Dólar*, *La Mallorquina* de mi querido Federico, *La Cala de Alfredo* y el ya mentado *Peñalba* han sido (y alguno es todavía) las «academias» donde se dictaba lo que estaba bien y lo que estaba mal en Oviedo; donde se comentaban los éxitos y los fracasos y donde se dejaba claro que como Oviedo, ningún sitio, porque, como decía el escritor Agustín de Foxá, «a todos nos gustaría conquistar el Perú, pero a condición de poderlo contar aquella misma noche a los amigos».

Regreso a donde empecé

Al intento de establecer las coordenadas de por qué los ovetenses nos tiramos a la calle y al *prao* el Martes de Campo orgullosos de una fiesta que

conmemora una patrona, la Balesquida, pero en la que trasciende buena parte de nuestra esencia, para bien y para mal.

Así, en el reparto de clichés asturianos, Gijón siempre ha sido la ciudad cosmopolita que recibía, gracias a ser puerto de mar, la frescura de las novedades. Y Oviedo, la urbe de historia y reliquias, más quieta, con más vocación de estatua. No voy a rebatir lo primero, que es cierto, pero sí me gustaría aclarar que Oviedo no es para nada una ciudad estática e inmóvil. Una ciudad con una Universidad como la que tenemos desde hace siglos e instituciones como la Fundación Princesa de Asturias es imposible que viva reconcentrada en sí misma.

La institución académica no sólo ha sido solar de ideas, sino casa de acogida de ilustres catedráticos foráneos que han pasado por la ciudad o que se han quedado en ella. La Fundación, ya sabemos, es el acontecimiento cultural más importante del año que se celebra en España.

Cuando Isaac Rabin recibió el Premio de Cooperación Internacional en 1994, en una decisión sin precedentes y no carente de riesgo, decidió recorrer a pie el trayecto entre el Hotel de la Reconquista y el Teatro Campoamor. Al comprobar la cercanía de la gente agolpada en la calle de Uría le comentó al por entonces director de la Fundación, Graciano García: «un pueblo que defiende estos valores (los de los Premios), no puede temer al futuro». Otro ejemplo claro y nítido de cómo vivimos unidos los asturianos y los ovetenses los acontecimientos importantes.

He hablado de Universidad y de la Fundación Princesa de Asturias, pero podría citar la Catedral y los peregrinos de todo el mundo que desde hace siglos a ella se acogen para rendir culto al Señor y no al *vasallo*. O hablar de Alfonso II manteniendo relaciones con Carlomagno, o del prerrománico y su singularidad universal, o la temporada de Ópera como industria cultural referente o en el plano económico la fortaleza y vocación de servicio, que hoy se mantienen Masaveu o el Banco Herrero. En fin, tantas cosas que nos definen y que es probable que no nos hagan mejores que otros, pero sí algo especiales, como también especial es nuestro árbol y nuestro postre por excelencia *el carballón*, en el que ninguno de sus ingredientes es único, pero todos juntos hacen un pastel insuperable.

Y dejo de forma deliberada lo más importante para el final

Ya es emoción y honor suficiente que unos ilustres ovetenses se hayan fijado en mi persona para pronunciar el pregón de este año. Para mi vanidad personal (que todos tenemos, aunque la hagamos inconfesable), estar subido hoy a las tablas del Teatro Filarmónica, donde tantas películas, conciertos y obras de teatro he visto, colma cualquier expectativa. Pero si además me paro a pensar que lo que hoy celebramos es el pregón de una festividad que tiene ocho siglos de historia, las palabras pierden sentido ahogadas en las emociones.

Tengo la fortuna de trabajar, vivir y ver crecer a mi familia en Oviedo; tengo también la suerte (inmensa suerte) de poder pasear por las calles que Oviedo otorgó a dos vecinos ejemplares de esta querida ciudad con los que pude compartir parte de mi vida: mi querido suegro, el incomparable hijo adoptivo de esta ciudad Pepe Cosmen, y mi padre.

Por todo ello, trato de devolver a mi ciudad un poco de lo mucho que ella me ha regalado colaborando como mejor sé como miembro activo de la sociedad civil ovetense. Una sociedad civil fuerte y generosa que quizá tenga su primer vestigio en esa cofradía de los alfayates que se fundó en 1232 gracias a la generosidad de Velasquita Giráldez. Esta le donó el hospital de Santa María y sus bienes a los sastres, pero también a «todos los vecinos y hombres buenos de Oviedo».

Como la memoria es frágil, no quiero olvidarme de que setecientos años después de la donación de Doña Velasquita, en 1930, un grupo de buenos vecinos de Oviedo acudió en auxilio de la Cofradía de la Balesquida, que pasaba por unos momentos de enorme dificultad económica. Ramón Prieto, José Álvarez Buylla, Alfonso Muñoz de Diego, Aurelio Ruiz y Ricardo Casielles. Conviene recordar una y otra vez sus nombres, porque encarnando el mejor espíritu de esa sociedad civil fuerte y dinámica que casi siempre ha tenido Oviedo, estos vecinos apuntalaron material y espiritualmente lo que es hoy la fiesta. En palabras recogidas de la propia Sociedad Protectora que aquellos crearon, «el Martes de Campo es muy nuestro, muy tradicional, muy ovetense y está lleno de historia».

Hoy, Doña Velasquita reposa a los pies de un pilar en la iglesia de San Tirso. Hasta ese templo llega cada año la Virgen de Nuestra Seño-

ra de la Esperanza desde su muy cercana capilla, en la misma plaza de Alfonso II.

Es una procesión corta, pero intensa, en la que se anuda cada año la historia de una mujer buena y de fe (Velasquita) y nuestra Madre, la Virgen de la Balesquida.

Tengo que reconocer que cuando era un niño me causaba una sensación contradictoria la grandeza de la Catedral, que apenas abarcaba con la vista, y la pequeña capilla de la Balesquida. Cuando mis padres me llevaban allí y encajaba mi cara entre los barrotes de madera de la puerta (que, como hoy, siempre encontrábamos cerrada) pensaba que tenía algo de mirón o de cotilla, si me lo permiten. El recogimiento de algunas personas que allí acudían me devolvía a la realidad del lugar.

Voy concluyendo ya

He sido invitado aquí por unos ovetenses de bien para pronunciar el pregón de la Fiesta de La Balesquida, identificada popularmente con el Martes de Campo.

No sé las expectativas que se tenían de mí, pero espero haber expresado, al menos, los sentimientos que albergo hacia esta celebración y hacia la ciudad de Oviedo.

No puedo pensar ni recordar mi ciudad si no rememoro los momentos que he pasado ese día. No creo que haya ningún ovetense que cuando en las primeras horas del Martes de Campo escuche los primeros voladores no acuda a su mente algún recuerdo del pasado, de la infancia y la juventud perdidas, de las veces que fuimos con nuestros hijos de la mano o, como ya he comentado, aquel último Martes de Campo que disfruté con mi padre.

Espero y deseo que mis palabras se interpreten como un homenaje sentido a nuestra queridísima Virgen de la Balesquida, que protege esta ciudad tan llena de contrastes.

Da igual que viva un «dulce letargo», como noveló Dolores Medio, o que represente la mejor esencia del tambor y la gaita que se escuchan en La Balesquida, en la Ascensión, en San Mateo, en los Premios Princesa o en los ascensos (y ya nos toca) del *Oviedín*.

En Oviedo somos como somos, una ciudad en la que, como dijo el genial Miguel de Unamuno, «cada uno es cada uno y tiene sus *cadaunadas*»; una ciudad que el mismo Unamuno (ya en verso) describió así:

En Oviedo se derrite mansamente la lluvia en el cielo
(…) Es un cielo humorístico,
¡el orbayo, su humor!
¡Un humor que cala y tiene
verde el monte y fresca la ciudad!

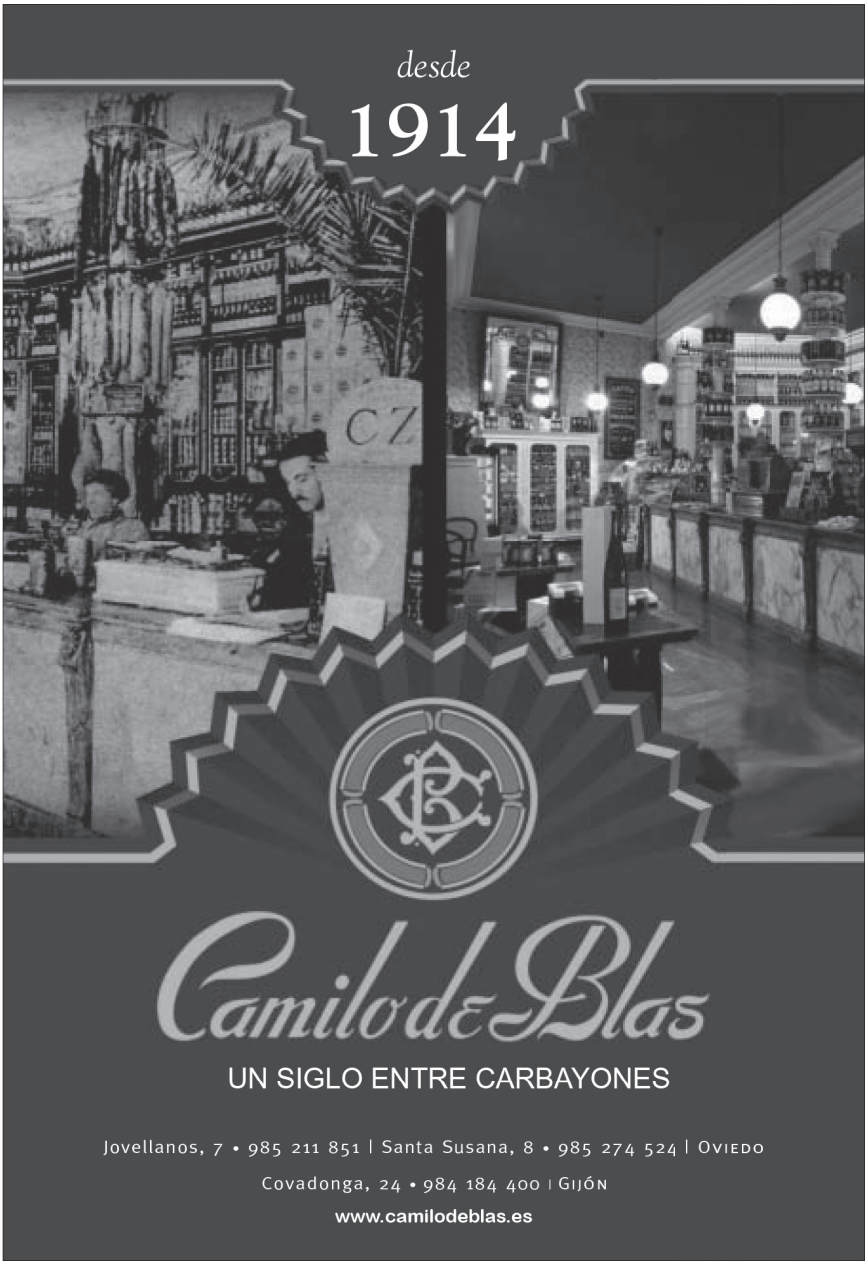
La Balesquida (cuya imagen reposa junto a la de La Santina y la Virgen de la Barca de Navia en la librería del despacho de mi casa en Oviedo) nos une a todos los ovetenses, creamos o no, bajo su santa protección.

Solo me gustaría añadir una frase que no es mía, pero que tomo como si lo fuera. Es de un ovetense predilecto, mi querido Sabino Fernández Campo, y dice así: «Quiero con toda el alma a este Oviedo al que pertenezco por completo y creo que me pertenece un poco a mí».

Y como este es un pregón y aquí debe mandar la tradición, cierro con un ¡Viva La Balesquida 2018 y su Martes de Campo!

Muchas gracias.

Oviedo, 15 de mayo de 2018


desde
1914
Camilo de Blas
UN SIGLO ENTRE CARBAYONES
Jovellanos, 7 • 985 211 851 | Santa Susana, 8 • 985 274 524 | Oviedo
Covadonga, 24 • 984 184 400 | Gijón
www.camilodeblas.es

100 AÑOS AL SERVICIO DE LOS ASTURIANOS

15 establecimientos en Asturias y 100 años cuidando la vista de los asturianos, son las notas que mejor definen la actuación de Navarro Optico en nuestra región.

Su confianza nos ha permitido contar entre nuestros clientes con familias enteras durante cuatro generaciones.

Gracias a todos por confiar su visión en nosotros.

NAVOPTICA

OVIEDO • GIJÓN • AVILÉS • SAMA • LA FELGUERA • MIERES • NAVIA • SIERO • TORRELAVEGA

mijares abogados

desde 1976

Plaza de América, 14 - 2º B
33005 - Oviedo, España
Teléfono: +34 985 213 722
Fax: +34 985 229 657
E-mail: info@mijaresabogados.es

Calle La Cámara, 38 - 4º B
33401 - Avilés, España
Teléfono: +34 985 569 471
Fax: +34 985 569 471
E-mail: cristina@mijaresabogados.es

Paseo de la Infancia, 10 - 1º dcha
33203 - Gijón, España
Teléfono: +34 985 345 382
Fax: +34 985 357 740
E-mail: martanicolas@mijaresabogados.es

Avda. Primero de Mayo, 48 - 2º
35002 - Las Palmas, España
Teléfono: +34 928 431 159
Fax: +34 928 367 416
E-mail: pamijares@mijaresabogados.es

Embutidos asturianos: chorizo y morcilla garantizados

Chorizos de ciervo y jabalí

Chorizo criollo, salchicha fresca y picadillo

Embutidos ecológicos

Tablas para fabada y lotes de compango

Distribución en toda Asturias

Estamos presentes en las principales ferias y mercados tradicionales (Llanera y La Ascensión, en Oviedo) y ecológicos de Asturias (Gijón y Pola de Siero)

Carretera General, s/núm. • 33529 El Remedio • Nava (Asturias)
Telf.: 985 716 542 • correo@elremediu.es • www.embutidoselremediu.es

Este cuarto número del
Anuario de la Sociedad Protectora de La Balesquida,
con el que solemniza los seculares festejos patronales y
el popular Martes de Campo en Oviedo
(primer martes después del domingo de Pentecostés),
se acabó de imprimir el viernes, 26 de abril.
oveto, a. d. mmxix

…declaré que lo universal es lo local sin paredes
(Miguel Torga, «Prólogo a la versión castellana» de
Cuentos de la montaña, 1987)